

La niña de la patera.

Emma Reyes



Capítulo 1

La niña de la patera

La partida

Era una noche preciosa. El mar parecía una piscina. Soplaban una brisa cálida que formaba pequeñas olas. Estas eran tan insignificantes que ni siquiera conseguían llegar vivas a la orilla. La temperatura era perfecta. No hacía ni frío ni calor. La luna estaba llena. Brillaba incansable iluminando el paisaje con una luz plateada que se reflejaba en los ojos de treinta y seis personas. Todas ellas se morían por subir a una embarcación que los esperaba en la playa.

Hasta aquí podría tratarse de algo paradisíaco, pero la realidad estaba a miles de kilómetros de ser esa.

Además de pequeña, la embarcación era precaria. Se trataba de una patera hecha de unos cuantos listones de madera medio podrida.

A simple vista todos los que la ocupaban eran hombres. Pero si alguien se preocupaba por observar mejor, podía descubrir que entre ellos había una niña de nueve años de edad.

Llevaba el pelo rapado y trataba de pasar desapercibida dentro de un vaquero con enormes agujeros. La pequeña también vestía una sudadera verde, zapatillas negras con la suela medio despegada, una gorra con visera blanca tapándole la cara y un pañuelo azul amarrado a su delgado cuello.

El color de su piel se asemejaba a la de un chocolate, elaborado con setenta por ciento de cacao. Su nombre era Malika.

No le hacía nada de justicia porque, irónicamente, era de las criaturas más buenas que habían pisado la Tierra. Era esa clase de seres que destilan bondad y a quienes resulta imposible tratar mal, aunque tengas el peor de los días. Ni el más malo de los humores se atrevería a meterse con ellos.

El destino quiso que Malika naciera en condiciones muy humildes: en una modesta casa que apenas tenía espacio para darle cobijo a ella y a Nasha, su madre. Una mujer noble. Hermosa por dentro y por fuera. Tenía el pelo negro, tan largo que llegaba a tocar su estrecha cintura. Y unas pecas preciosas que a su hija le gustaba contar antes de quedarse dormida en sus brazos.

Malika nunca sintió que le faltara de nada en su casa. Nunca se quejó.

Para ella era perfecta. Se encontraba muy cerca del mar y eso suplía cualquier tipo de carencia material que tuviera. La pequeña era feliz junto al océano. Desde que era un bebé, creó un vínculo muy especial con él. Un vínculo que fue haciéndose más fuerte conforme pasaban los años.

A Malika le encantaba que su madre le contara, una y mil veces, que sus primeros pasos los dio en la playa. Allí se largó a andar antes de cumplir el primer año. Luego comenzó a gatear, después a correr y más tarde a nadar. No había nada que le gustara más en el mundo que eso. Decía que flotar en el agua era lo más parecido a volar. Además disfrutaba mezclándose con los peses y cualquier tipo de elemento que encontrara en las profundidades.

Cuando Malika tenía alrededor de dos años dijo su primera palabra cerca del mar. Estaba juntando caracolas en la playa con su madre y, de repente, gritó "maaaa maaaa". Lo hizo con una alegría enorme. Nasha se emocionó mucho pensando que estaba intentando decir mamá... pero no. Unos segundos después, Malika levantó su rollizo bracito color chocolate y señaló hacia el agua. En ese instante su madre se dio cuenta de que lo que intentaba decir era mar. La primera reacción de Nasha fue de decepción. Aunque enseguida se consoló pensando que, después de mamá, la palabra más bonita que podía pronunciar su hija era mar.

Otra de las cosas que le gustaba oír a Malika era la historia de su mancha de nacimiento. La tenía en la mano izquierda y era bastante inusual ¡Tenía la forma de una estrella! Eso la llenaba de orgullo porque, por supuesto, había decretado que se trataba de una estrella de mar. Su madre le contó que seguramente su mancha de nacimiento se debía a que ella, además de ser hija suya, era hija del mar.

Una de las tantas noches que ambas se echaban en la arena a mirar las estrellas, le contó una historia que Malika no podía sospechar que no era inventada. Esta consistía en que el mar la eligió a ella para ser su hija: "Tú, además de hija de papá y mamá, eres hija del mar", le explicó con lágrimas en los ojos. Los años fueron pasando con total normalidad, entre subidas y bajadas de mareas.

Hasta que una mañana, concretamente la de su séptimo cumpleaños, todo cambió. Malika recibió un regalo inesperado que le daría un vuelco a su vida para siempre.

Se levantó temprano, se sentó a la mesa para tomar el desayuno y al terminar hizo lo que hacía todos los días: caminó los veinte pasos que la separaban del mar para darle los buenos días. Aquella mañana llegó a la playa sin zapatos, como de costumbre, y con ansias de meter los pies en el agua.

De repente, el viento comenzó a soplar arrastrando las nubes hacia ella. Malika no le dio importancia e introdujo el pie derecho en el agua para comprobar la temperatura. Acto seguido, metió el otro pie y tocó algo áspero con el dedo gordo. De súbito se largó a llover torrencialmente. Malika pensó en irse, pero justo en ese instante sintió un ligero pinchazo que le hizo bajar la vista de inmediato. Sus ojos empapados vieron una estrella de mar de color anaranjada. Se había quedado enganchada entre sus dedos. Malika se agachó para tocarla y de pronto oyó:

—Hola—

Miró hacia todos lados y no vio a nadie en la playa. Estaba sola. Y otra vez escuchó:

—Hola ¿cómo te llamas?—una voz extraña se dirigió a ella.

Volvió a echar un vistazo a su alrededor para comprobar que seguía sola y así era. Tuvo miedo, pero no le duró demasiado. Enseguida desapareció para darle paso a la curiosidad. Gracias a ella se atrevió a preguntar:

—¿Quién eres? ¿me estás hablando a mí?—

—Sí— contestó una voz que venía de sus pies...

Allí abajo sólo estaba la estrella de mar, así que Malika la miró fijo a uno de sus cinco puntiagudos brazos y le preguntó:

—¿Tú, me estás hablando a mi o me lo estoy imaginando?—

—¡Te estoy hablando a ti, Malika!—

—Pero ¿eso no puede ser! Además ¿tú no tienes boca?—

—Eso no es un problema. Algunos seres podemos comunicarnos telepáticamente con otros—la estrella habló sin abrir la boca porque sencillamente no la tenía.

—Entonces ¿tú me hablas con tu mente? —Malika estaba muy sorprendida.

—Claro que sí. Y tú también puedes hacerlo ¡pruébalo!—

Malika se emocionó solo de pensarlo. Luego lo hizo:

—¿Cómo te llamas?—

La estrella enseguida respondió:

—Yo no tengo nombre. He estado esperando toda mi vida a encontrarte a ti para que me lo pusieras—soltó de sopetón.

—Pero ¿cómo sabes que soy yo la persona que esperabas?—

—Porque sólo tú has podido oírme en todo este tiempo—

—Ohhhh—pensó Malika.

—Ohhhh y ahhh ¿Cómo te gustaría llamarme?—la estrella estaba muy ansiosa.

Malika echó a volar su imaginación por unos segundos y se le ocurrió:

—¡Esti! de estrellita ¿Te gusta?—

—No me gusta... ¡me encanta! A partir de ahora todo el mundo subacuático me llamará Esti—gritó.

—¡Me alegro, Esti! Bueno, me tengo que ir. Tengo que volver a casa, pero dime si mañana estarás aquí para venir a verte de nuevo—

—Estaré aquí. Cualquier cambio o imprevisto que surja, te lo diré vía telepatía. Poder llegar hasta la orilla dependerá mucho de las corrientes y la actividad que haya mañana en el mar ¿Sabes? Los atascos aquí abajo son muy frecuentes últimamente. Sobre todo desde que tenemos que lidiar con todo tipo de objetos que vienen de la superficie.

Las bolsas de plástico, por lo general, son las que más problemas ocasionan. Atrapan a los peces en plena circulación y provocan más de un accidente. Muchos de ellos acaban siendo mortales —explicó afligida.

—Qué triste todo lo que me cuentas, Esti.—Malika se quedó bastante afectada y se despidió de ella hasta el día siguiente.

El camino de regreso a casa se le hizo eterno. No veía la hora de contarle a su madre que se había hecho una nueva amiga. Cuando por fin llegó, Nasha la estaba esperando enfadada porque había tardado más de lo normal y se había preocupado.

—¡No te imaginas lo que me ha pasado mamá! ¡No te lo vas a creer!—la expresión de felicidad en su cara era tan grande que a su madre se le pasó el enfado de inmediato.

—Cuéntame—Nasha la miró con cara de resignación.

— Estaba caminando descalza por la playa...—empezó a contar Malika.

—Como siempre...— interrumpió Nasha.

—Sí sí ¡déjame acabar, mamá! Y entonces algo me tocó el pie—

—¿Una medusa?—se alarmó su madre y empezó a mirarle las piernas por si tenía alguna rozadura.

—¡No, estoy bien mamá! no fue una medusa, déjame que te cuente, fue... ¡una estrella de mar! —gritó eufórica.

— Ahhh bueno—Nasha no entendía la emoción desmedida que sentía su hija.

—Pero ¿sabes qué es lo mejor de la estrella, mamá?—

—Ni idea—respondió.

—¡Qué puede hablarme por telepatía, mamá!—a Malika no le cabía tanta emoción en el cuerpo.

—A mí también me pareció raro al principio. Pensé que me lo estaba imaginando, pero no. Todo fue real, mami.—aclaró Malika.

—Pero ¿qué dices, Malika? te lo habrás imaginado, hija ¡Si hay algo que te sobra a ti es imaginación!—

—No mamá, de verdad. La estrella me pidió que le pusiera un nombre porque ella no tenía. Yo le puse Esti ¿te gusta? A ella le encantó—

—Sí, es bonito—Nasha trató de pasar del tema lo antes posible. Dio por sentado que eran “cosas de niños”. Alguna vez había oído hablar de los amigos imaginarios de la infancia y pensó que se trataba de algo así.

—¡He quedado con ella mañana a la misma hora y en el mismo lugar! como en las películas—sonrió feliz.

—Vale, vale—Nasha le dedicó una sonrisa forzada y siguió con los quehaceres domésticos. Ella tenía la mentalidad bastante abierta, pero tampoco tanto como para creer que su hija se había echo una amiga que era una estrella de mar con poderes telepáticos.

A partir de ese extraño acontecimiento, el carácter de Malika se hizo aún más agradable, si cabía. La niña se caracterizaba por estar siempre contenta y transmitía alegría allá donde iba. Solo hubo un día en el que no pudo evitar sentir una tristeza muy profunda. Ese fatídico día fue el de la despedida de su madre que partía hacia España. Aquella, sin duda, fue la experiencia más fea de su corta vida.

Llovía, hacía frío y había una neblina más propia de una ciudad como Londres que del pueblo de África donde vivían. El sol no había tenido el acierto de salir. Si lo hubiera hecho, la despedida, que quedó grabada a fuego en la memoria y el corazón de Malika, hubiese sido menos terrible.

—Lo hago por tu bien, hija. Pronto volveremos a estar juntas, confía en mi—le explicó con la voz entrecortada mientras le daba un abrazo tan fuerte que le hizo saltar las lágrimas. Esas palabras no resultaron ningún consuelo para Malika. Ella las oyó en cámara lenta y distorsionadas. Sus sentimientos no le permitieron comprenderlas.

Nasha se embarcó dejando a su hija atrás, pero no sola. Malika se quedó a cargo de su tío Ahmed quien una año y medio más tarde cumplió con la misión que le había encomendado su hermana, Nasha: llevar a su hija a España para reunirse con ella.

La esperanza de esa mujer, como la de otras miles como ella, era poder darle una vida mejor a su niña, lejos de la pobreza, el hambre y la falta de oportunidades.